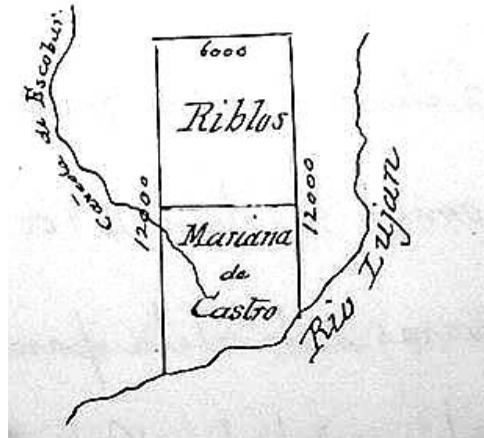


los títulos de Pinero



Y así, la búsqueda de la escritura de esa donación me acerca al Archivo General de la Nación.

Es indudable que la categoría de este archivo y sus antiquísimas documentaciones sorprenden a cualquiera.

Un lugar venerable que me superó.

Ni mis ojos, ni mi tiempo parecieron estar en condiciones de enfrentar la lectura de caligrafías tan entrañables. Pero alguien ayudó.

Liliana Crespi, una de sus encargadas, me puso en comunicación telefónica con un joven investigador que conocía la historia de Riglos y mucho más allá, casi de memoria.

En veinte minutos me remontó hasta 1598, ésto es, a sólo 18 años de la fundación por Garay de Buenos Aires.

Prometió más adelante, una vez finalizada su tesis, concederme un encuentro donde extender algún tema que pudiera interesarme.

A este joven, Carlos Birocco, le debemos la información que sigue.

El motivo de la donación fue al parecer, una forma de agradecimiento por los servicios en la cobranza de arrendamientos en tierras de Riglos; tan vastas, que sólo en esta zona tomaban 12 mil varas sobre el Río Luján hasta las suertes del Reconquista.

El mismo Manuel de la Cruz era arrendatario de Riglos.

Riglos provenía de Tudela, Navarra. Y esta gran heredad le venía de su primera mujer.

Él la incrementó; y luego de fallecida ésta, tras dos posteriores matrimonios, en 1713 en alguna medida comenzó a perderla.

Un desafortunado giro en las relaciones comerciales de España no sólo le impidieron proseguir sus negocios con Inglaterra, sino que adicionalmente lo pusieron en desgracia.

Escapando de sus acreedores, quien había sido el ciudadano más rico de estas latitudes, termina en 1713 refugiándose en la Compañía de Jesús; falleciendo allí en 1719.

Habíase casado en segundas nupcias con Leocadia Torres de Gaete, con la que tiene una hija, Leocadia. Y luego, en terceras nupcias, con Josefa Rosa de Alvarado, con quien tiene dos hijos, Miguel José y Marcos José.

Su primera esposa, Gregoria Silveira Goubea, a los 40 años esposa al joven Riglos de tan sólo 24. Gregoria era hija de Isabel Cabral de Alpoín y de Antonio Silveira Goubea. Y a su vez ésta, hija de Amador Báez de Alpoín.

Este hombre, descendiente de portugueses afincados en las Azores, llega a estas tierras en 1598 en la comitiva de Diego Valdéz de La Banda.

Por sus servicios a la corona en la lucha contra los charrúas, en la hoy provincia de Entre Ríos, recibe merced en tierras, que luego acrecentadas por sus hijos y yernos, son éstas de las que hoy hablamos.

De Manuel de la Cruz, a quien Riglos hiciera en 1712 su donación, ya tenemos noticias en 1695 participando una donación para el altar de San Martín de Tours en la Catedral de Nuestra Señora de los Buenos Aires.

Algo de su descendencia ya hemos hablado. Y por el mismo Birocco nos enteramos, que otra lugareña vinculada a este mismo tronco, Doña Eugenia Tapia de Cruz, fue fundadora de Belén de Escobar.



¡Cuántas huellas comunes llenas de donación en esta larguísima tradición familiar!

Profunda fortuna a lo largo de casi cuatro siglos.

Siglos que doblan a los de nuestra propia nación. Y sin duda la fundan.

¿Y cuántas operaciones de compra-venta? Al menos en la estrecha porción de mi parcela, muy pocas.

¡Y cuántas donaciones, cuántas heredades, cuántos usos sostenidos, cuánta memoria atesorada!

¿Dónde está la entidad de este tesoro?
¿Es acaso metálico?

¿Cómo traducirlo en algo concreto, que impida alojarlo en un olvido o en un bolsillo más?

Estos fantasmas aún hoy aportan mucho de su identidad a la nuestra; y bien me parece que nos damos poca cuenta.

¿Alguien se acordará dentro de cien años con afecto de nosotros, por la forma en que vivimos nuestro presente más inmediato?

Ellos lo lograron.



Un libro sobre los valles entrañables, en particular aquellos que están olvidados, puede aflorar un día en inundación, cubriéndonos de lágrimas. Ellas y los tonos de su denuncia, siempre parecen apurados por un *epos*, antes que transportados suave como un lirio. No obstante, en el atardecer de los trabajos del hombre, llegan preciadas las miradas doradas de los hombres lirios; que sosteniendo las esperanzas y los sueños, dan así lugar a la percepción demorada del espíritu junto a nos.

Hace ya un tiempo, el 28/10/00, el necesario para advertir su tierno y profundo carácter premonitorio, el diario La Nación publicaba un hermosísimo diálogo entre Analía Testa y el entrañable Santiago Kovadloff. Titulaba así: **“La muerte inexorable de los pueblos”**; *la necesidad de una redención social y política.*

Cualquiera que atraviese la soledad del mapa rural y se torne permeable desde el silencio, descubrirá que allí la tradición se anquilosa, se torna imagen oxidada del pasado.

Las telarañas que cubren la campana de la estación ferroviaria o la humedad que trepa las paredes de un almacén de ramos generales son símbolos de un tiempo que se extingue.

¿Sólo la metáfora conservará la vitalidad de los pueblos del interior?

La inquietud enciende al escritor Santiago Kovadloff, que ensaya respuestas de consistencia lírica.





“Hay otro rescate posible. La redención social y política. La metáfora le da a ese pasado un destino simbólico. La transformación política le da un porvenir. Creo que ambas cosas son indispensables.

-¿Qué piensa Ud. que pasará?

-Estamos en un momento tan crítico que sólo vislumbro la claridad de nuestro pasado. Tengo la impresión de que nos falta una conciencia más profunda del valor del tiempo como instrumento del cambio.

-En el “Libro del desasosiego”, Fernando Pessoa cita a Caeiro, quien observa que más grande que la ciudad es la aldea, porque desde allí se puede ver el mundo.

¿Qué le sugiere?

-Hay en la aldea una dimensión de sentidos muy rica. Somos aldeanos del universo. De algún modo habitamos una dimensión de lo indescifrable, que convierte a la tierra, si supiéramos verla, en una aldea. Sólo la vanidad o

la enajenación en que vivimos pueden impulsarnos a creer que estamos en el centro de algo. Una aldea difiere de una ciudad, pero no sólo en términos de desventajas, también en términos de intimidad. La intimidad de una aldea es infinitamente mayor; no sólo en aquel sentido en que Guillermo Martínez lo decía en su libro, “Pueblo chico, infierno grande”, sino también en aquel otro sentido en el que la vivencia del tiempo, en un lugar donde los rostros son familiares y los hábitos previsibles, arrastra a sucumbir en la monotonía del día tras día o permite alcanzar una interioridad altísima..

-¿Por qué dejamos olvidados a esos pueblos, si es allí donde espacio y tiempo abisman?. Hector Tizón cuenta en “Tierra de frontera” que el alma se nos escapa.

-Tal vez por eso mismo. Me parece que las ciudades ayudan a olvidar nuestra pertenencia a la naturaleza. En cambio, en los pueblos, la frontera entre lo natural y lo urbano es muy tenue. En verdad se entrelazan de una manera que vuelve inseparable una cosa de la otra. En esos pequeños pueblos todavía es posible advertir que el hombre es capaz de dialogar con lo que no es él mismo. Hay allí una íntima belleza y un sentido de la religiosidad muy alto. Perderlo es un crimen, no un signo de progreso.

Kovadloff reconoce que hemos establecido “una relación prostibularia con la



naturaleza; por eso se rebela”. Como contrapartida de la contaminación, nos enferma y “exige la consideración de un semejante”.

-¿Entonces, ¿qué sentido tiene hoy el progreso?

-El progreso que no reconcilia al hombre con su pertenencia al tiempo, al hombre con su pertenencia al enigma, al hombre con su íntima imponderabilidad de habitar el universo, no es progreso, es fuga.

El hombre busca en el progreso, enajenadamente entendido, un amparo con respecto a los enigmas que lo acosan. Tengo la impresión de que nos hemos

empobrecido al limitar el progreso a la noción de eficacia en el dominio del mundo que nos rodea y en la comprensión de nosotros mismos como objeto de dominio. En consecuencia, reencontrar la naturaleza es, de alguna manera, reencontrar el centro de nuestro dilema fundamental: qué hacemos con lo que no somos nosotros y cómo hacemos para descubrir que somos también lo que no somos nosotros.

-¿Qué pasa con nuestra identidad cultural? ¿Se disgrega en lugar de acercarse a la unidad?

Estamos viviendo un momento de transición muy profunda, de la subjetividad entendida como pura racionalidad a una subjetividad que empieza a advertir que la verdadera razón es parental y vincular, abierta a la dimensión que yo llamaría “el espíritu de comunión”.

Hasta tanto esa razón alcance mayor protagonismo vamos a atravesar un largo viaje, una gira por el desierto para aprender que hemos venido a esta vida a convivir con todo lo que no somos y parte de lo que desconocemos.

-¿Qué busca cuando va a la pulpería cercana a La Rica?

-En esos pueblos, en ciertos rincones de la ciudad de Azul, o en Laboulaye, donde viví en una época, sobreviven vestigios de un silencio, de una placidez en la que no hay nada de paradisiaco pero sí de profundamente equilibrado. Quizás ese equilibrio es lo que



busco. En esos sitios, la sombra y los sonidos, tienen el poder de una invitación hospitalaria a la intimidad, a sentirse quizá, parte de algo que nos trasciende.

-¿Qué observa en los personajes que por allí pasan?

-En general, son hombres y mujeres marginados. No me refiero a los propietarios del campo, sino a los que han quedado reclusos en una ciudad que ya no es, en un pueblo que ya no tiene la vitalidad de otra hora, son sobrevivientes. Pero lo que uno ve en ellos es que los efectos de las transformaciones sociales, que son tan notorios en la ciudad, a ellos no los han tocado. Están inscriptos en un repertorio de

gestos limitados. Se les nota en el semblante que nada esperan. No parecen alentar ninguna esperanza de porvenir. Hay algo que en ellos, como argentinos, parecería haberse consumado.

-Después de recorrer esos lugares, ¿cómo vive la despedida, cómo atraviesa “la frontera”?

-Trato de neutralizar la sensación de intrusión recordando que yo fui, a mi manera, un chico de campo. Esta gente me llena de respeto. Me gusta lo poco que hablan. Son callados, como dice Tizón. Las palabras caen como gotas de una canilla cerrada. Paff...paff... estallan allí. Son palabras que acompañan al silencio, no vienen a contradecirlo o a quebrarlo, se deslizan. Ellos tienen poco que decir, no son locuaces y yo aprendo a no serlo con ellos.

-Nosotros los condenamos a un “destino de frontera” o ellos mismos se abandonan a esa suerte?

-El problema es estructural, la Argentina no ha sabido integrarse, está mucho más cerca del conglomerado que de la idea de nación. No hemos sabido darle a la vida del interior la vitalidad indispensable para que no se transforme en un polo de disolución de la identidad.

No tuvimos sentido de integración regional, lo que hubiera garantizado la subsistencia de la mayor parte de esas ciudades que estaban llamadas a

darle a la distribución poblacional un carácter no patológico. Esos pueblos atestiguan, no el fracaso de ellos mismos, sino el fracaso de la idea de nación.

-¿Las historias desaparecerán con los viejos o se perderán en la memoria de los que quedan?

-Es un riesgo. La reversión de esta situación exigiría una redefinición del proyecto de país: devolverle al campo el papel cultural que debe tener en la identidad nacional. Esto no implica potenciar el papel del folklore sino comprender en qué sentido puede contribuir a nuestra identidad la comprensión de las relaciones entre el hombre y la tierra.

-Desde el interior asumen nuestra indiferencia con naturalidad, como si asimetría de valores fuera distancia lógica. -El que decide quedarse donde el porvenir no parece posible, si no es melancólico, se queda porque hay algo de la vida que late ahí para él.

Nadie se queda abrazado a la muerte, sino a algo amado. Me parece que hay una denuncia en el hombre que se queda, sobre todo en esta época en la cual las fronteras parecen ser tan irrelevantes. Pero el hombre es esencialmente de un sitio, es de la tierra; quizás algún día la tierra esté llamada a correr el mismo destino que el de los pueblos fantasmas. Los amores escenográficos se tejen en la infancia. Uno pertenece a un barrio, a una cuadra, a

ciertas imágenes a las que ama toda la vida y aunque cambie de sitio sigue estando allí de algún modo. También habría que preguntarse si los hombres que están allí conservan fidelidades de las que nosotros ya no somos capaces.

Analia Testa y Santiago Kovadloff

¡Tanta materia prima en tan poco lugar, que mil relecturas no alcanzarían agotar!

Mil por mil gracias a ambos.



La esperanza: el gran lapsus de la agonía.

La adversidad por más que hoy pretenda paralizarnos y nos dañe, no tiene ni tendrá la última palabra.

La esperanza nace de la laceración de la existencia, vivida y padecida sin velos; creando una irreprimible necesidad de rescate.

A tal punto íntima con el padecimiento y la frustración, que el hombre auténticamente esperanzado no es sino el mismo que conoce el sinsabor de la derrota y no el espíritu virginal que confía en eludirla.

Lejos de inmunizar contra los desenlaces desgraciados, la esperanza se nutre, más bien, del fruto áspero de estos desenlaces y se temple metabolizando lo ingrato y la desdicha a través de una alquimia prodigiosa que extrae jugo de donde no parece haberlo y convierte al vencido nuevamente en luchador.

El hombre esperanzado no es fruto de una ocasión propicia en la que el dolor ha quedado atrás, sino el creador de su oportunidad en medio del dolor.

Ese hombre no cree en el futuro como salvación, sino en el tiempo como ofrenda que nos estimula a obrar.

Santiago Kovadloff



Obrar en ese tiempo tan particular que sólo la Naturaleza nos puede regalar. Allí se asiste a la más maravillosa alquimia entre dolor, ánimo y obrar.

Así y allí se establece el renacer.

*Ayer fueron estigmas;
y hoy emblemas por obrar.*

Fuera de contención tan natural, la existencia lacerada, deviene tremebunda, aun en urbanizada urbanidad.

Francisco Javier de Amorrortu



La declaración quizás más profunda y hermosa que jamás se haya hecho sobre las tierras entrañables, y todas depositando nuestra vida lo son, fue hecha hace 141 años para servir hoy de preámbulo a nuestras memorias rurales.

Este hombre entrañable, que no duda repetidamente en llamarse "salvaje", es el jefe "Seattle" de la tribu Swamish, de aquellos territorios al N.O. de los Estados Unidos, que ahora conforman el Estado de Washington.

El no logró torcer el rumbo de nuestros cultos, pero sí logró que sus tierras preciadas sean las más preservadas entre todos los Estados de aquella Nación.

Se trata de una carta que Seattle envió en 1855 al presidente Franklin Pierce en respuesta a su oferta de compra de las tierras de los Swamish:



"El Gran Jefe de Washington manda a decir que desea comprar nuestras tierras.

El Gran Jefe también nos envía palabras de amistad y buena voluntad.

Apreciamos esta gentileza porque sabemos que poca falta le hace, en cambio, nuestra amistad.

Vamos a considerar su oferta, pues sabemos que, de no hacerlo, el hombre blanco podrá venir con sus armas de fuego y tomarse nuestras tierras.

El Gran Jefe de Washington podrá confiar en lo que dice el jefe Seattle con la misma certeza con que nuestros hermanos blancos podrán confiar en la vuelta de las estaciones. Mis palabras son inmutables como las estrellas.

¿Cómo podéis comprar o vender el cielo, el calor de la tierra? Esta idea nos parece extraña.

No somos dueños de la frescura del aire, ni del centelleo del agua. ¿Cómo podríais comprarlos a nosotros?

Lo decimos oportunamente. Habéis de saber que cada partícula de esta tierra es sagrada para mi pueblo. Cada hoja resplandeciente, cada playa arenosa, cada neblina en el oscuro bosque, cada claro y cada insecto con su zumbido son sagrados en la memoria y la experiencia de mi pueblo.

La savia que circula en los árboles porta las memorias del hombre de piel roja.

Los muertos del hombre blanco se olvidan de su tierra natal cuando se van a caminar por entre las estrellas.

Nuestros muertos jamás olvidan esta hermosa tierra, porque ella es la madre del hombre de piel roja.

Somos parte de la tierra y ella es parte de nosotros.

Las fragantes flores son nuestras hermanas; el venado, el caballo, el águila majestuosa son nuestros hermanos.

Las crestas rocosas, las savias de las praderas, el calor corporal del potrillo y el hombre, todos pertenecen a la misma familia.

Por eso cuando el Gran Jefe de Washington manda a decir que desea comprar nuestras tierras, es mucho lo que pide.

El Gran Jefe manda a decir que nos reservará un lugar para que podamos vivir cómodamente entre nosotros.

El será nuestro padre y nosotros seremos sus hijos.

Por eso consideraremos su oferta de comprar nuestras tierras.

Mas ello no será fácil porque estas tierras son sagradas para nosotros.

El agua centelleante que corre por los ríos y esteros no es meramente agua, sino la sangre de nuestros antepasados.

Si os vendemos estas tierras, tendréis que recordar que ellas son sagradas y deberéis enseñar a vuestros hijos que lo son, y que cada reflejo fantasmal en las aguas claras de los lagos habla de acontecimientos y recuerdos de la vida de mi pueblo.

El murmullo del agua es la voz del padre de mi padre,

Los ríos son nuestros hermanos, ellos calman nuestra sed.

Los ríos llevan nuestras canoas y alimentan a nuestros hijos.

Si os vendemos nuestras tierras deberéis recordar y enseñar a vuestros hijos que los ríos son nuestros hermanos y hermanos de vosotros; deberéis en adelante dar a los ríos el trato bondadoso que daríais a cualquier hermano.

Sabemos que el hombre blanco no comprende nuestra manera de ser. Le da lo mismo un pedazo de tierra que otro, porque él es un extraño que llega en la noche a sacar de la tierra lo que necesita.

La tierra no es su hermano sino su enemigo.

Cuando la ha conquistado la abandona y sigue su camino.

Deja atrás de él las sepulturas de sus padres sin que le importe.

Despoja de la tierra a sus hijos sin que le importe.

Olvida la sepultura de su padre y los derechos de sus hijos.

Trata a su madre la tierra, y a su hermano el cielo, como si fuesen cosas que se pueden comprar, saquear y vender; como si fuesen corderos y cuentas de vidrio.

Su insaciable apetito devorará la tierra y dejará tras sí sólo un desierto.

No lo comprendo. Nuestra manera de ser es diferente a la vuestra.

La vista de vuestras ciudades hace doler los ojos al hombre de piel roja.

Pero quizás sea así porque el hombre de piel roja es un salvaje y no comprende las cosas.

No hay ningún lugar tranquilo en las ciudades del hombre blanco, ningún lugar donde pueda escucharse el desplegarse de las hojas en primavera o el rozar de las alas de un insecto.

Pero quizás sea así porque soy un salvaje y no puedo comprender las cosas.

El ruido de la ciudad parece insultar los oídos.

¿Y qué clase de vida es cuando el hombre no es capaz de escuchar el solitario grito de la garza o la discusión nocturna de las ranas alrededor de la laguna?

Soy un hombre de piel roja y no lo comprendo.

Los indios preferimos el suave sonido del viento que acaricia la cala del lago y el olor del mismo viento purificado por la lluvia del mediodía, o perfumado por la fragancia de los pinos.

El aire es algo precioso para el hombre de piel roja porque todas las cosas comparten el mismo aliento: el animal, el árbol y el hombre.

El hombre blanco parece no sentir el aire que respira.

Al igual que un hombre muchos días agonizante, se ha vuelto insensible al hedor.

Más, si os vendemos nuestras tierras, deberéis recordar que el aire es precioso para nosotros, que el aire comparte su espíritu con toda la vida que sustenta.

Y si os vendemos nuestras tierras, debéis dejarlas aparte y mantenerlas sagradas como un lugar al cual podrá llegar incluso el hombre blanco a saborear el viento dulcificado por las flores de la pradera.

Consideraremos vuestra oferta de comprar nuestras tierras.

Si decidimos aceptarla, pondré una condición: que el hombre blanco deberá tratar a los animales de estas tierras como hermanos.

Soy un salvaje y no comprendo otro modo de conducta.

He visto miles de búfalos pudriéndose sobre las praderas, abandonados allí por el hombre blanco que les disparó desde un tren en marcha. Soy un salvaje y no comprendo como el humeante caballo de vapor puede ser más importante que el búfalo al que sólo matamos para poder vivir.

¿Qué es el hombre sin los animales? Si todos los animales hubiesen desaparecido, el hombre moriría de una gran soledad de espíritu.

Porque todo lo que ocurre a los animales pronto habrá de ocurrir también al hombre.

Todas las cosas están relacionadas entre sí.

Vosotros debéis enseñar a vuestros hijos que el suelo bajo sus pies es la ceniza de sus abuelos.

Para que respeten la tierra debéis decir a vuestros hijos, que la tierra está plena de la vida de nuestros antepasados.

Debéis enseñar a vuestros hijos lo que nosotros hemos enseñado a los nuestros: que la tierra es nuestra madre. Todo lo que afecta a la tierra afecta a los hijos de la tierra.

Cuando los hombres escupen en el suelo se escupen a sí mismos.

Ésto lo sabemos: la tierra no pertenece al hombre sino que el hombre pertenece a la tierra.

El hombre no ha tejido la red de la vida: es sólo una hebra de ella.

Todo lo que haga a la red se lo hará a sí mismo.

Lo que ocurre a la tierra ocurrirá a los hijos de la tierra. Lo sabemos. Todas las cosas están relacionadas como la sangre que une a una familia.

Aún el hombre blanco cuyo dios se pasea con él y conversa con él de amigo a amigo, no puede estar exento del destino común.

Quizás seamos hermanos después de todo. Lo veremos.

Sabemos algo que el hombre blanco descubre algún día: que nuestro dios es su mismo dios.

Ahora pensáis quizás que sois dueños de nuestra tierra; pero no podréis serlo.

El es el dios de la humanidad y su compasión es igual para el hombre de piel roja que para el hombre blanco.

Esta tierra es preciosa para Él y el causarle daño significa mostrar desprecio hacia su Creador.

Los hombres blancos también pasarán; tal vez antes que las demás tribus.

Si contamináis vuestra cama, moriréis alguna noche sofocados por vuestros propios desperdicios.

Pero aún en vuestra hora final os sentiréis iluminados por la idea de que dios os trajo a estas tierras y os dió el dominio sobre ellas y sobre el hombre de piel roja con algún propósito especial.

Tal destino es un misterio para nosotros porque no comprendemos lo que será cuando los búfalos hayan sido exterminados, cuando los caballos salvajes hayan sido domados, cuando los recónditos rincones de los bosques exhale el olor a muchos hombres y cuando la vista hacia las verdes colinas esté cerrada por un enjambre de alambres parlantes.

¿Dónde está el espeso bosque? Desapareció.

¿Dónde está el águila? Desapareció.

Así termina la vida y comienza el sobrevivir.

Seattle, 1855



Un Hombre, en especial renaciendo como Niño, puede alcanzar a sentir, respetar y valorar, los arquetipos propios y comunes de un lugar, ...y actuar en consecuencia.

Francisco Javier de Eitzaga Amorrortu

Antes de agotar su más propio presente, por la elevación que sostienen y apuraron sus esfuerzos, estos expedientes fueron catalogados por el Director del Archivo Histórico de Geodesia, e incorporados junto a los registros de los antiguos pilotos y agrimensores de nuestra Nación, bajo la denominación: Carpeta N° 24 de Pilar. Acompañado por ellos y acompañándolos en inestimable aprecio, con su auxilio insondable persevera.

Desestructuración nuclear ésta que vivimos en la Argentina, en la que no hay que ser brujo, ni adivino, para estimar que la re-conversión va a ser fenomenal. Este redoblamiento califica el transitar por lugares donde nuestros abuelos ya pasaron. Tránsito que aun sin mirar atrás, será no obstante, paso obligado. La pobreza todo lo alcanza. Su piedad y compasión, asistidas desde el más allá, infinitas.

La Vida, en su naturaleza divina y por ende, también humana, atesora profundidad suficiente para juzgarnos, dejando incluso a un lado el pasado, y tomando tan sólo en consideración, a nuestro presente.

Susciten estos textos, estímulo al amor propio, a la integridad, que a cada uno apura, para asistir ese presente.

Las formas precisas y oportunas de este consuelo me fueron regaladas por José Massoni, el Fiscal de la República.

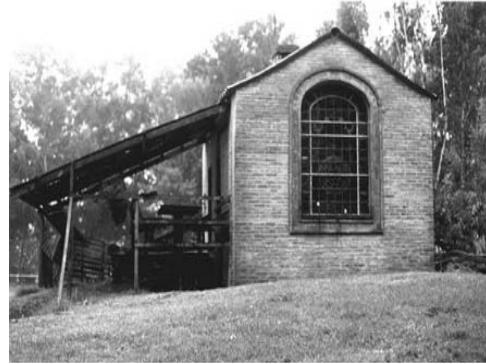


Sin excepciones, todas las ilustraciones de este libro han sido aquí capturadas, con el ojo dulce y la mirada repentina del niño que en veintidós años casi no salió de este lugar. En ellas, Del Viso prueba ser un lugar maravilloso, para siempre atesorar.

En el vecino Valle de Santiago que se extiende a lo largo de 7 km. desde Los Lagartos hasta Maquinista Savio, he visto en sueños reflejada la más hermosa fuente regalando armonías al temple activo de muchísimos vecinos Y una única Naturaleza, que con trabajo animoso quisiera alcanzar un día en aprecio, la misma dimensión que en esta zona aun conservan, varios antiguos terruños entrañables. De sus erarios he hospedado estos ánimos, que sostenidos cinco años, insisten en construir este valle de ensueño.

Han sido en soledad estas denuncias, sólo limosnas, ni siquiera las primeras de las tantas más que solicitará su construcción.

A William Caxton, antiguo impresor de incunables del siglo XV, acreditamos los caracteres tipográficos de esta eremítica edición.



Un día antes de ser invitado al vuelo en helicóptero donde hube de tomar tan oportunas como inesperadas fotografías del Valle de Santiago en suave inundación, desperté deseando agrupar en un breve librito algunos recuerdos de este largo y solitario trabajo. La lluvia me encontró ese 16 de Abril escribiendo durante toda la jornada.

El 10 de Mayo del 2002, en éste mi pequeño hogar, dí acabamiento a la impresión y encuadernación del primer ejemplar, siguiendo antiguas tradiciones que mi abuelo Sebastián hace 110 años con afecto, y aun hoy con su ejemplo me legara.

